

OTAN, 70 años de contribución a la paz y la seguridad

JUAN Sebastián Elcano dedicó unos tres años a la primera circunvalación de la tierra; los protagonistas de la vieja novela de Julio Verne tardaron 80 días; yo hace unas semanas estuve en Australia y tardé 24 horas en ir, mantuve allí una serie de reuniones, y un día después estaba de nuevo en Bruselas. Esta es una realidad irrefutable: hoy todo está más cerca, la tecnología nos hace vivir tiempos de espacios menguantes en los que a cualquier lugar se llega antes y en los que nadie está tan lejos como para que no te oiga. Una inmediatez que conlleva más interacción entre unos y otros, pero que también aumenta las probabilidades de fricción. Son tiempos por ello cambiantes, tiempos de incertidumbre, tiempos de cambio de era. Incertidumbre que provoca que algunos se vean tentados por el calor que proporcionan las viejas creencias, el terruño familiar, incluso el miedo al prójimo, mientras otros se pierden en proyectos de agresiva superioridad y, los más, observan y buscan adaptarse. Son tiempos de encrucijada y, por lo tanto, tiempos en los que la seguridad se convierte en un valor en alza. Y el instrumento más evidente, más exitoso, más experimentado y más sólido cuando nos referimos a la seguridad y a la defensa de nuestro espacio y de nuestra forma de vida, ha sido, es y será una Alianza Atlántica que cumple ya 70 años. Y que está preparada para afrontar los retos de estos nuevos tiempos.

Los cambios en la percepción del espacio no afectan solo a la política, sino a todos los aspectos de nuestra sociedad. Pensemos por ejemplo en la cultura o la religión. Hace décadas, los modos de vida, las creencias, se cobijaban tras las fronteras impermeables que las retenían aisladas e inmutables. Hoy se han derribado los diques, las fronteras se han vuelto porosas. Nuestra sociedad tiene que aprender poco a poco a gestionar una realidad distinta, crecientemente multireligiosa y multicultural que, en cualquier caso, siempre debe ser respetuosa de su espíritu democrático y, al mismo tiempo, ser capaz



**Alejandro
Alvargonzález
San Martín**

Secretario general
adjunto para
Asuntos Políticos y
de Seguridad de la
Alianza Atlántica

de vencer los temores atávicos de quienes presagian unos males que querían combatir a veces desde la vísceras.

La economía está globalizada, existen unos niveles de intercambio que hasta ahora eran desconocidos propiciados por ese espacio menguante donde todo se mueve con más agilidad pero donde todos también se ven obligados a competir. Y la carrera por los recursos naturales, la energía, o incluso los grandes concursos de las infraestructuras, es una competición que no siguen precisamente las reglas del Barón de Coubertin: hay estados concretos que apoyan a empresas que corrompen a gobiernos de países pobres o que emplean a ejércitos de *hackers* para robar la creatividad de otros. Frente a ellos, quienes se ven sujetos a regulaciones de la ética o la legislación juegan con desventaja, pierden influencia, perdemos terreno.

El terrorismo ha cambiado. Aquel de carácter nacionalista, anarquista o nacido durante la Guerra Fría ha sido derrotado y ha acabado donde nunca debió de salir: en los vertederos de la Historia. Le sustituyó otro terrorismo de una ferocidad incomprensible, un terrorismo suicida, propio del fanatismo religioso, dispuesto a golpear a cualquiera, en cualquier lugar y de cualquier manera, moviéndose como pez en el agua en los territorios cibernéticos y amagando con el uso de armas de destrucción masiva (Siria es un claro ejemplo). Un nuevo extremismo que, al contrario de lo que siempre había propuesto el terrorismo —que era golpear, correr y disimularse luego entre la población— ahora procura controlar un territorio donde resguardarse, adiestrarse, planificar y proyectarse. Un terrorismo que, además, crea infraestructuras sofisticadas de propaganda, de captación y reclutamiento, y todo ello con la complicidad de la criminalidad organizada, de los traficantes de personas, de drogas, de armas, de arte, de medicamentos falsificados... El más reciente capítulo es *Daesh*, pero desgraciadamente es muy probable que veamos otros.



Incluso la teoría política está cambiando. Fukuyama erró al considerar que la victoria de Occidente traía el «Fin de la Historia», que la democracia progresaría sin obstáculos hasta los lugares más recónditos; que unos llegarían antes y otros llegarían más tarde siendo inevitable que llegáramos todos. Resultó ser falso, ahora ya lo sabemos. Hoy, relativamente debilitado el mundo occidental, el totalitarismo —antes extenso y exótico pero de alguna manera lejano— reclama de nuevo su espacio y muestra su éxito sin complejos en la globalización económica. Que nadie de por hecho que la democracia sea capaz de sobreponerse a este estado sin esfuerzo, que esa suerte de superioridad moral —a veces un poco altanera— sea suficiente porque quienes lo dan por hecho no consideran necesaria su defensa, y porque la humanidad no siempre ha caminado hacia un mejor futuro.

NUEVOS Y VIEJOS ACTORES

China es la gran triunfadora de la globalización. El país asiático ya es una superpotencia: es un coloso político, económico, tecnológico y militar que tiene intereses globales en las inversiones, en las finanzas o el comercio y que muestra un voraz apetito por las materias primas de África o América Latina. La OTAN no puede ignorar la existencia de la segunda economía del planeta y el segundo inversor en defensa. Es preciso consolidar con China nuevos canales de diálogo.

Rusia, por su parte, está en busca del espacio perdido tras el derrumbe del coloso soviético. El Kremlin ha reiterado en numerosas ocasiones su incomodidad respecto de la arquitectura de seguridad imperante en Europa desde la caída del Muro de Berlín. Defiende su retorno a la calidad de superpotencia, su voluntad de ser escuchada, tomada en consideración, incluyendo el derecho a contar con un cinturón de países neutrales o neutralizados que nos devuelvan a Yalta,

que alejen cualquier presencia occidental y garanticen su seguridad. La Unión Europea y la OTAN defienden, al contrario, la libertad de los estados en sus relaciones internacionales. Vladimir Putin considera a Occidente como una amenaza; pero el problema de la nomenclatura rusa no es el peso militar de Occidente, que sabe que es defensivo y que nunca iniciará un ataque. Su temor real es el modelo democrático, es el mal ejemplo. Y lo combate. Así las cosas, una Rusia en proceso de reformas sería una excelente noticia. Al contrario, nadie pudiera desear una Rusia inestable.

En cuanto a Estados Unidos, conviven su liderazgo en la defensa aliada y su tradicional inclinación aislacionista, reflejando las dos almas de un país ante una encrucijada renovada. En la tensión entre ambas almas se sitúa una relación transatlántica hoy más compleja que ayer pero igual de imprescindible que entonces y que sigue siendo vital para un mañana en el que queramos mantener nuestra forma de entender la vida y una sociedad en libertad. Porque EEUU sigue siendo el único actor democrático verdaderamente global y, por lo tanto, el liderazgo de EEUU en ese aspecto hoy sigue siendo irremplazable.

Respecto a Europa, está intentando salir adelante de una serie de crisis que han ido amontonándose, como la migración masiva, la situación financiera, el surgimiento del populismo o el *Brexit* y que unos

querrían solucionar con más Europa mientras otros entienden que el sueño europeo limita con una soberanía nacional preeminente. Y, evidentemente, en este mundo menguante, también surgen las diferencias en la relación transatlántica. Pero no son nuevas, las hubo en los tiempos de Irak bajo el mandato del presidente Bush; ocurrió mucho antes durante la crisis del canal de Suez de 1956; e incluso hubo momentos de gran tensión que llevaron a la OTAN a dar un portazo en París y trasladar

*La democracia no
podrá sobreponerse
sin esfuerzo a
los envites de un
mundo cambiante*

P E R S P E C T I V A

su sede a Bruselas en 1966. Hay elefantes en la habitación que no resulta fácil ocultar; pero hay que mirar a los desafíos fríamente, más allá de los grandes titulares. Son diferencias salvables y en muchos casos temporales. Está claro que Estados Unidos necesita a Europa y que Europa necesita a Estados Unidos, pretenderse ajenos y distantes es ingenuo y es arriesgado.

ORGANIZACIÓN Y ALIANZA

La OTAN puede entenderse o bien como una organización —la Organización del Tratado del Atlántico Norte— o como una alianza, la Alianza Atlántica. Y a lo largo de sus siete décadas de historia ha tenido un papel u otro en virtud de los tiempos que le ha tocado vivir. En una organización internacional se entiende que el interés nacional prime y en una alianza, sin embargo, se supone que existe un bien superior, un objetivo común por el cual sus componentes estarán dispuestos a sacrificar al menos una parte de ese interés nacional. Y este aspecto estuvo bien claro durante los tiempos de la Guerra Fría cuando existía una amenaza clara sobre Europa, y la OTAN fue una alianza con todas las consecuencias. Tras la caída del Muro de Berlín llegaron unos años de *vino y rosas* en los que algunos entendieron a la Alianza como una organización e incluso se plantearon que podría ser disuelta. Pero en el 2014 las cosas cambiaron y la realidad nos demostró cuánto de necesaria es la OTAN.

El concepto de alianza en su comportamiento conlleva dos elementos que solo sobreviven juntos y que mueren por separado. Me refiero a la unidad y a la disuasión. La disuasión es imprescindible para mantener la paz y la seguridad; la OTAN tiene que disuadir, es su primer y primordial objetivo. Los años de *vino y rosas* nos enseñaron muy claramente esa lección. Fueron tiempos en los que la capacidad disuasoria de Occidente frente a Rusia dejó bastante que desear. Por ejemplo, tras los ataques cibernéticos a Estonia en 2007 no ocurrió nada; después de los acontecimientos de Georgia en el año 2008, Occidente implantó unas sanciones que duraron tan sólo seis meses.

Era una ganancia rápida, una ganancia barata. Incluso en Siria, tras trazarse una línea roja en el caso de que allí se usaran armas químicas, vimos a la Cámara de los Comunes británica primero y al Senado de los Estados Unidos después, echarse atrás. Pero en marzo de 2014 Rusia se anexionó Crimea, poco después fue la crisis del Donbass en Ucrania y comenzaron una serie de actividades desestabilizadores en territorio aliado (*fake news*, ataques cibernéticos...). Ese mismo año, en agosto de 2014, el *Daesh* proclamó su califato y tan solo un mes después los jefes de Estado y Gobierno de la OTAN tenían una cita en la ciudad de Gales. Pero la Alianza supo reaccionar y lo hizo de la única manera posible: recuperando la disuasión, creando y mejorando una fuerza real de alta disponibilidad, moviéndose al este estableciendo fórmulas ágiles de refuerzo y colaborando en la lucha contra el *Daesh*.

La disuasión se compone de dos elementos: la capacidad militar y la voluntad política de usarla si llega a ser preciso. La capacidad militar hace necesario a su vez un presupuesto y fue por ello, otra vez en Gales, que los jefes de Estado y Gobierno decidieron que en el plazo de diez años los países miembros de la Alianza deberían tender a alcanzar el 2 por 100 de su PIB en defensa. Y esta no es una cifra exagerada, no tiene por qué parecerlo si pensamos que ya en el año 2000, y en tiempos aquellos en los que la amenaza no



acababa de asomar por el horizonte, se gastaba en Europa el 2,03 por 100. Por comparación, hoy, cuando la incertidumbre es alta se viene gastando de media en torno al 1,5 por 100.

La voluntad política de utilizar la capacidad militar se traduce en la Alianza Atlántica en la unidad. La disuasión y la unidad permiten, además, el diálogo con cualquiera que pueda identificarse como un adversario, como un riesgo o como una amenaza. Es el caso, otra vez tengo que citarlo, de Rusia. Con el Kremlin la OTAN ha decidido desarrollar una política de disuasión, de defensa y de diálogo. Pero insisto, el diálogo con Rusia solo es comprendido y comprensible si va acompañado de disuasión; sin disuasión el diálogo es una nuez vacía. Y, a su vez, la disuasión sin diálogo, sin comunicación, puede fácilmente degenerar en la escalada. Y todo ello complementado con una defensa eficaz. Y cuando hablo de defensa no me refiero solo al artículo V, hablo de procurar que las capacidades militares sean suficientes, que estén en situación óptima para su despliegue, para su utilización, para la operatividad con otros ejércitos aliados, para que se compartan el análisis, la información, la inteligencia; para procurar que el adiestramiento de nuestros militares sea idóneo.

La Alianza también contempla la seguridad a través del control de armas, el desarme, la no proliferación, la reducción de riesgos derivados de intercambios o los ejercicios con terceros. En la OTAN conviven la seguridad, la capacidad de seguimiento, el análisis y conocimiento profundo de los asuntos relativos a la seguridad, la memoria histórica y una experiencia que se pone al servicio de sus miembros facilitando que los aliados coordinen sus posiciones y puedan luego tener una posición común en otros foros, sea la OSCE o las Naciones Unidas. Hablando de desarme tengo que mencionar la reciente suspensión del tratado INF. Entre 1987 y el año 2014, vuelvo otra vez a los tiempos de *vino y rosas*, desaparecieron de



Pepe Díaz

Europa alrededor del 90 o 95 por 100 de los misiles nucleares sitos en este territorio. Y fue fruto del INF y de una buena relación con Rusia (antes de 2014 había un buen grupo de militares y diplomáticos rusos que tenían prácticamente libre acceso a la OTAN; incluso el presidente ruso Dimitri Medvedev participó en la cumbre de Lisboa para discutir sobre cuestiones que tenían que ver con la defensa antimisil). Tendremos por lo tanto que acostumbrarnos ahora, a partir del próximo mes de agosto que de la suspensión se pasa a la retirada, a vivir sin él, a vivir sin red. En el control de armamentos y la nueva era que se avecina hay que citar también las tecnologías aplicadas a las nuevas armas, lo que se viene perfeccionando en el ámbito del espacio, las nuevas armas biológicas, la aplicación de la inteligencia artificial, las armas autónomas o esto que se oye tanto de los misiles supersónicos, algo que a mí al menos, a un diplomático, le suena a auténtica película de terror. Las consecuencias en el mundo de la defensa serán notables y aún impredecibles.

SIN FRONTERAS

En tiempos de globalización la OTAN, además, ha aprendido a mirar hacia fuera. Siendo una organización creada por y para la defensa, es cada vez más consciente de que la colaboración con terceros se ha vuelto imprescindible; y que cualquier inversión en la estabilidad exterior y la democracia en nuestro entorno es una garantía de paz. La OTAN cuenta con una relación estrecha y convenios de cooperación de una u otra relevancia política con organismos internacionales muy diversos. Y esto es una parte muy poco conocida del público. Desde Naciones Unidas hasta la Cruz Roja, yo me reúno con frecuencia con ellos, pero también con representantes de la Unión Africana; la

Cualquier inversión en la estabilidad de nuestro entorno es garantía de paz

Liga Árabe, el Consejo de Cooperación del Golfo, y, por supuesto, la Unión Europea. Y este último caso es curioso porque teniendo su sede como la OTAN en Bruselas y compartiendo 22 miembros en común, la colaboración no ha sido especialmente intensa hasta hace dos años. Pero en estos últimos 24 meses hemos desarrollado 74 líneas de colaboración y, lo digo con satisfacción, que ha cambiado la cultura de ambas organizaciones. Hoy resulta impensable la antigua falta de comunicación: todos los días se celebran reuniones OTAN-UE en las que se analizan aspectos que van desde la guerra cibernética, la guerra híbrida hasta la comunicación estratégica, contrterrorismo o la Europa de la Defensa.

La inversión en seguridad también supone en el caso de la Alianza Atlántica dotar a los países que nos lo soliciten de unas instituciones y unas capacidades de defensa suficientes para enfrentarse a los desafíos que puedan encontrar. Se trata de proyectar estabilidad y hacerlo sobre la base no solo de la evidente soberanía de nuestros socios y asociados, sino también sobre el hecho de que ellos conocen mejor que nosotros sus problemas, su territorio, su gente, su cultura, sus grupos terroristas. La colaboración con terceros es un elemento consustancial a la OTAN: la organización cuenta con acuerdos de partenariado con 41 países, que van desde Japón a Australia, pasando por Colombia hasta Ucrania, Finlandia y buena parte del mundo árabe. Muchos de ellos participan en misiones y operaciones de la Alianza, reciben adiestramiento, asesoramiento en la construcción de capacidades de instituciones de defensa, y con todos ellos reproducimos un diálogo político de gran importancia. Al que se suma el grado de análisis que ellos pueden aportar sobre problemas regionales al que nosotros a veces no podemos llegar porque sencillamente nuestra cultura es diferente.

Como conclusión, incidiría en que la Alianza Atlántica tiene en sus manos su futuro si sabe gestionar las crisis —que no debe despreciar— y si no da por hecho una suerte de superioridad natural y moral autocomplaciente. Mantener esa ventaja y defender la fortaleza del ideal democrático es la complicada tarea que recae ahora sobre nosotros pero que recaerá especialmente en la próxima generación. En el espacio menguante al que me refería antes, las turbulencias aconsejan abrocharse el cinturón. La tentación en ese espacio por parte de algunos actores de saltarse las normas es constante. Al mismo tiempo, la interdependencia obliga a todos a la prudencia. En el espacio menguante, la acción contra el vecino se vuelve contra uno mismo. La crisis de uno se contagia al entorno, y ese miedo que lleva a la prudencia es lo que salva la paz.

Yo no veo otra manera de frenar la marcha hacia un mundo peor: es una fórmula vieja basada en el derecho internacional, el multilateralismo, la educación ciudadana, la unidad de las democracias, la defensa de nuestros ideales y la vuelta de los hombres de Estado. Se trata de preservar la paz, de darle una larga cambiada al autoritarismo —al reconocido y al reconocible—, al que llega de mano de la barbarie y de los disimulados «utópatas» del populismo, para poder así compartir un espacio que aunque menguante es el nuestro y esperemos que siga siendo libre y que siga siendo de todos. ■